

## **Rol en la Entrevista y Consulta (Intimidad – Honestidad mutua)**

Solo cuando dejé de pensar dentro de un encuadre para entregarme a vivenciar que era lo que estaba ocurriendo dentro y delante de mí, se produjo el milagro. En ese mismo instante descubrí que esa cosa que ostentaba el rótulo de paciente se transformaba para mí en una persona. Cuando dejé de interesarme en armar con sus síntomas el rompecabezas de un limitado diagnóstico clínico psiquiátrico, descubrí la magia que significa contactar con un ser humano. Cuando pude al fin dejar de cotejar sus palabras con mis conocimientos y comencé a escuchar, emergió entre el "él" y mi "yo" la única forma real de comunicación, que es la que se da a través de la honestidad mutua y que desde ahora llamaremos **Intimidad**.

Así es que al abandonar por fin mi trono-refugio para acercarme a la inconmensurable altura del TU e interesarme en el bello compromiso del NOSOTROS, no tuve más temor, desaparecieron todas mis angustias y pude finalmente comprender, que hacer psicoterapia es tan solo lograr intimidad con un ser humano que no sabe cómo lograrlo.

Desde entonces, esa fría situación técnica rotulada como sesión, pasó a ser una cálida marmita alquímica en la cual, por medio de un compromiso y comunicación recíprocas, nos transformábamos mutuamente todos los que estábamos allí. Mis pacientes se curaban a sí mismos pese a mis propias limitaciones y desconocimientos, y cada uno de ellos fue de algún modo un maestro y un terapeuta mío. Sus emociones, sus rabias, sus alegrías y tristezas fueron los naturales elementos que, al manejar con honestidad, me iban transformando y proyectando a la infinitud de un diálogo en el cual las palabras fueron y serán lo menos importante.

Todo ello me ha enseñado que el oficio de terapeuta no se aprende solo en los libros, ni en la universidad, ni en los cursos avanzados, ni en las

sesiones, sino que también es necesario aprender de la nariz para afuera, de las personas, en las calles, bajo el sol, sobre la grama. El secreto es comenzar a escuchar los sonidos de la vida en lugar de oír sólo fórmulas aprendidas en un laboratorio; es comenzar a ver con nuestros propios ojos en vez de ver a través de los ojos de otros.

Esto, que pensé y vivencí desde mis primeras épocas de residente de psiquiatría, me llevaba, aunque no tan claramente como ahora, a alejarme de la turba de ilustres terapeutas y controles psicoanalíticos que repetían en sus sesiones y controles lo que habían leído la tarde anterior, limitando en sus "sabias interpretaciones" las inconmensurables vivencias de sus pacientes. Todo esto en medio de una solemne y no verbal afirmación de lo difícil que es hacer psicoterapia y del tremendo peligro que acechaba detrás de los "pobres" pacientes que venían a pedir ayuda a quienes de la realidad cotidiana sabían menos que ellos.

Ahora sé que nadie me ha enseñado tanto como los pacientes que tuve la suerte de tratar; que nadie sabe tanto de ellos como ellos mismos. Y tan solo cuando comencé a verlos y oírlos, descubrí que en sus propias palabras estaba la clave y la respuesta a su problemática, y que si comenzaban a prestarse atención, pronto iban a prescindir del que actuaba como terapeuta, pudiendo entonces hacerse responsables de sus propias vidas y descubriendo "que hacer para estar bien".

El primer hecho técnico verdaderamente útil para hacer psicoterapia que aprendí es dejar que suceda todo lo que quiera suceder dentro del desarrollo de la sesión, sabiendo que nada malo ocurriría si, poniendo los límites adecuados, no interfería la situación en marcha con mis conocimientos y encuadres. Fue así como dejé de frustrarme con la pretensión de querer cambiar a mis pacientes. Toda la energía que antes perdía en el intento de modificar la conducta del otro y la resistencia de este a mis interpretaciones, descubrimientos y consejos, se movilizó para ser empleada en la participación de ambos en el acontecimiento de la comunicación. Logrando, en cambio, no ya un triunfo terapéutico sino más bien solucionar y aclarar mis propios problemas y confusiones en cada sesión; de este modo yo hallaba respuestas, no solo para saber qué decir o hacer dentro de la situación terapéutica, sino también para mi

propia vida, descubriendo entonces que mis propios pacientes hacían lo mismo con las suyas.

Dr. Tapia  
Co Autor de Mandatos Familiares